

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8647

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extran-
jera, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París:
E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Paribourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street,
Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Sábado 23 de Agosto de 1890.

CÓLERA.—Véase en la cuarta plana el anuncio Coaltar Sapontin.

ECOS DE MADRID.

22 de Agosto de 1890.

Como la política veranea y no hay sucesos que apasionen para alternar con las dramáticas novelas que publican los folletines de los periódicos, continuamos viéndonos obligados á conocer detalles de más y más realistas de las indisposiciones que padecen los habitantes de Madrid.

Precisamente enfermedades que, por regla general, se ocultan hasta á los amigos, adquieren notoriedad en estos tiempos y sabemos que Fulanita y Zutanita han sufrido un cólico de esta clase ó de la otra, datos muy importantes ciertamente, pero quizás en estos casos convendría citar el pecado ocultando el nombre del pecador.

Puede ocurrir, andando el tiempo que hoy es un estudiante ó una señorita que hoy no es más que criadilla, andando el tiempo lleguen el primero á ser un poeta ó un artista de primer orden y la segunda una beldad de las que llaman la atención en paseos y teatros, si subsiste la moda de transmitir á la posteridad los datos biográficos por el retrato de las celebridades más ó menos afortunadas á esta segunda vida, corren el peligro de que algún recuerde en vista de los datos proporcionados por los periódicos esos padecimientos que hoy se hacen á relucir con tanta facilidad.

Sin duda gracias á las precauciones que se toman en Madrid, todavía nos vemos libres de la epidemia que sino estragos, causa víctimas, siempre sensibles en algunos otros puntos de España. No por eso dejará de ser célebre la frase que se atribuye al anterior alcalde de Madrid, convirtiéndolo hoy en Director del Banco de España. No hay cólera, ni esperanzas dijo á los periodistas que le preguntaban por el estado sanitario de Madrid. Que sea profeta.

También en los últimos días ha preocupado á los madrileños la desaparición de la famosa serpiente que se ha escapado de la compañía de las fieras que exhibe el domador Cavana. Todavía no se sabe de cierto si es positiva la evasión de la compañera de la famosa tentadora de nuestros primeros padres ó si la serpiente es un canchales como dicen los franceses.

Cuando yo era joven y gacetero, mis compañeros y yo solíamos vernos en grandes apuros durante algunas temporadas del año.

En un momento, la crónica que entonces se trataba de escribir, no inspiraba interés á los lectores y yo primero que debía procurar todo buen periódico en ser interesante.

—¿Qué hay que preguntáramos los del oficio.

—Nada, nada absolutamente—solíamos contestarnos, y de aquellas reuniones salían por lo general, noticias estupefuntas.

Todavía recordarán muchos lectores de periódicos una célebre mano que apareció en la calle del Pez.

—¿De quién era aquella cabeza? ¿De quién era aquella mano? decía el prototi-

po de los folletines ideados por Jerónimo Paturot.

Eso mismo preguntábamos nosotros en nuestros periódicos. Un día la mano hallada en la calle del Pez, después de minuciosas observaciones parecía haber pertenecido á una mujer joven y hermosa. Al día siguiente nueva versión. La mano era de un joven fino, bien educado, y durante 10 ó 12 días, de común acuerdo, puede decirse que con aquella mano llenamos varias manos de papel.

La policía intervino en el asunto. Los agentes buscaban la mano, pero la mano no parecía. Nos citaron á declarar y jura el las noticias que teníamos, todas eran de referencia.

De este modo transcurrieron cerca de dos semanas; los lectores siguieron con vivo interés aquella novela, y se pasó el rato.

No evoco este recuerdo para suponer que la desaparición de la serpiente es un recurso por el estilo; pero el hecho es que no parece; no se la encuentra ni viva ni muerta. Se han registrado todos los rincones del Parque de Madrid; se han examinado atentamente los árboles y, en rastro del terrible reptil.

Por sí, ó por no, muchas de las personas que acudían por las mañanas y por las tardes á solazarse en las deliciosas alamedas del antiguo Retiro, ó han dejado de ir ó no se internan por las calles de árboles, temerosos, sin duda, de una nueva invitación de comer del fruto prohibido.

Afortunadamente gracias al fresco que hace se puede, y se debe prescindir de los paseos matutinos. Estamos disfrutando en Madrid una temperatura muy semejante á la que nos proporciona las orillas del Océano en la costa Cantábrica.

El termómetro se dedica este año á la gimnasia; todos los días da un salto atrás. De 15 á 30 grados lo menos. Por esta causa el Jardín del Retiro, los de Recoletos y el Prado, no están tan concurridos como de costumbre. Poco importa que se enfríen las relaciones, lo que conviene es que no se enfrie el cuerpo.

El ingenio de los defraudadores no se agota. Recientemente los dependientes de consumos han descubierto dos medios empleados por los matuteros para burlar la vigilancia.

Un carruaje lujoso con el cochero y el lacayo ostentando la librea y en el sombrero la escarapela peculiar de los Ministros, salía todas las mañanas de Madrid á dar una vuelta por los alrededores y volvía una ó dos horas después.

Los primeros días los dependientes de consumos se levantaban y hasta se quitaban la gorra, pero no dejaba de chocárs que hubiera un ministro que se dedicara á pasear por las afueras, cuando tanto hay que hacer por dentro. Por más que observaban, no veían bien quien iba en el carruaje. Por regla general las cortinillas iban echadas. Dios sabe lo que pensarían los matuteros empleados de consumos de aquellos paseos ministeriales.

Por fin, algo escarapado, resolvieron un día detener al carruaje y encontraron en vez de personas repletos pellizos de vino.

Poco después, dos señoras enlutadas y

con el rostro compungido pasaron por delante de otro felato.

—¿Llévan ustedes algo que acude?

—Lo que llevamos es una profunda tristeza—exclamó sollozando una de ellas.

—No ve usted que estamos de luto?—dijo la otra.—Déjenos usted tranquilas con nuestro dolor.

—Ustedes dispensen—indicó el empleado de consumos—pero me parece que para estar tan triste están ustedes demasiado gruesas. Hagan el favor de bajarse.

Las señoras protestaron, pero los empleados insistieron y encontraron también artículos de beber y comer que las contristadas señoras querían introducir sin pagar.

Julio Nombela.

LOS HELADOS EN TIEMPO DE CÓLERA.

Mr. Julio Rochard, ilustre médico higienista francés, publica en «Le Temps» un interesante artículo respecto al cólera y medidas higiénicas que debieran adoptarse.

Dice que ocurre con las epidemias lo que con las guerras, que no se debe esperar que estén sobre nosotros para prevenirlas contra ellas.

Después de apreciar las recientes medidas del Consejo de Sanidad de París, dedica un largo período al uso de los helados, que puede traer graves inconvenientes.

Cita ejemplos oportunos, diciendo que el uso de los helados es tan imprudente como peligroso cuanto transpira el cuerpo y está vacío el estómago.

Entre otros acontecimientos bien sabidos, recuerda la muerte de los soldados de Alejandro Magno en el río Oxus y la trágica aventura que costó la vida al Delfín, hijo de Francisco I, y á su copero y al conde de Montecucoli, que fueron víctimas del agua helada, el primero bebiéndola y el segundo solo por recibirla, después de confesar en el tormento que había echado veneno en la copa. Tal fue el espanto causado por la súbita muerte del Delfín.

Sábase que el acto de beber un helado cuando transpira el cuerpo, puede ser causa de grandes males. El uso diario de hielo en las comidas ofrece también grandes peligros.

Rochard, acerca de este punto, dice que es muy higiénico tomar bebidas frescas en el verano. El agua que se encuentra á la temperatura de las casas, adquiere mal gusto y no aplaca la sed. Sin resultado se bebe una gran cantidad de agua, y lo que resulta es exceso de transpiración y dispepsia.

El jugo gástrico, muy diluido ya no reacciona sobre los alimentos con bastante energía, y son molestas las digestiones. Do ahí náuseas, vómitos y desarreglos intestinales.

Estas alteraciones se observan principalmente en los soldados que beben el agua en sus dormitorios, sufriendo muchas indigestiones.

Es muy oportuno tomar en verano bebidas frescas, pero con medida, porque si son muy frías alteran las funciones del estómago, y lo cansan al cabo de cierto tiempo.

Está muy bien probado que el agua helada disminuye la parte ácida del jugo gástrico, y que la transformación de los alimentos

se detiene completamente á la temperatura de 0.º

En absoluto condena la costumbre de echar un pedazo de hielo en el vaso, porque baja la temperatura del líquido de un modo irregular y además es fácil beber con el hielo las impurezas que contiene. Dice que lo mejor es poner las vasijas, antes de la hora de comer dentro de otra llena de agua á la temperatura de 10 ó 12 grados.

El que no se purifica por la congelación, según en otro tiempo se creía, sólo pierde en parte sus elementos químicos y orgánicos.

El hielo formado con el agua de las fuentes aunque, transparente y líquido, proporciona al análisis grandes cantidades de materia orgánica agotada, ó sea de naturaleza animal, y el microscopio descubre los microbios patógenos, y en especial el «baccillus» de la fiebre tifoidea que resiste mucho al frío y se halla en grandes cantidades, aun después de seis meses de iniciada la congelación.

Rochard dice que esto se ha comprobado en las epidemias tifoideas, que, como la de Evesham en 1882, tuvieron por causa la absorción de hielo hecho con agua de pozo inficionado.

Además, la presencia del «baccillus» en las aguas congeladas se ha confirmado, especialmente en Francia, Inglaterra y Alemania.

También dice Pasteur, que los microbios inofensivos ó patógenos, resisten resistidos á las bajas temperaturas.

Mr. Rochard termina diciendo que no se haya de abusar, los peligros que resultan de usar el hielo, porque la congelación destruye varios microbios y entorpece á otros.

Recuerda las epidemias de tifus y disentería causadas por el hielo impuro, y aconseja refrescar exteriormente las bebidas más bien que tomar el hielo disuelto, como es costumbre.

La opinión de Mr. Rochard es muy respetable, y creemos prestar un gran servicio á nuestros lectores publicando el presente extracto en nuestro periódico.

Varietades.

EL ABANICO

Con su capa el torero
manja el bicho,
y la mujer al hombre
con el abanico.

(Copia popular)

No voy á hablar de la Orosi-Modelo de Madrid, que según la opinión de todo el mundo no es modelo ni mucho menos de buena administración interior, á pesar del capuchón.

Además, si tratase de refrescar estas ideas, me bastaría con el abanico que tenemos en nuestra ciudad, si á la hora de leer estas líneas mis lectores, no ha venido abajo.

Que todo podía ser!

Voy á hablar de esa prenda femenil que sirve para mitigar un poco el calor que se deja sentir desde hace algunas semanas torturándonos á fuego lento.

El abanico es la prenda más antigua que se conoce.

Refieren los mejores historiadores, que lo primero que hizo nuestra madre Eva, cuando Dios la voló del Paraíso, fue cubrir su desnudez con algunas hojas de parra ó de higuera, pues en esto no se han puesto aun de acuerdo los historiadores.

Pero otro historiador anónimo asegura que cuando esto sucedía era á fines del mes de